

## Una novela de Mauriac

**E**NTRE los escritores franceses de reciente data, François Mauriac ocupa un lugar de preferencia. La crítica le ha dedicado sus mejores epítetos, y entre ellos destaca siempre —por lo frecuente, por lo significativo— el de continuador de las más bellas tradiciones de la novela francesa. En el fondo, estos epítetos parecen tener plena justificación. No conocemos la totalidad de la obra de Mauriac; pero «El desierto del amor», cuya reciente traducción castellana hemos leído, \*, nos ha dado una impresión de solidez, de equilibrio, de dominio certero de los recursos novelescos. Tentemos reducir a sus líneas principales el argumento de esta obra.

La acción tiene lugar en Burdeos. Un doctor, M. Courrèges, padre de familia y hombre de más de cincuenta años, tiene una cliente, María Cross, mujer joven y bella que a los ojos de los bordeleses es una perdida. Hija de una familia humilde, casó con un hombre de quien tuvo un hijo. Muerto su marido, obligada por la miseria, entra María a trabajar a las órdenes de Larouselle, vividor inescrupuloso que le dispensa todas las pequeñas fallas que provoca la pereza en esta mujer soñadora. La voz pública dice pronto que María Cross y Larouselle se entienden. Pero Larouselle es hombre de muchos recursos. Encarga a María de la guarda de una casa campestre que posee cerca de Burdeos. María siente por Larouselle y los amigos que allí lleva éste para entregarse a la orgía, un profundo asco. Cuando por pena, por indolencia, por capricho, por inconsciencia o por lo que fuese, María cae en los brazos del dominador, uno de sus esfuerzos más denodados es

conseguir que Larouselle normalice sus costumbres y guarde, al menos en su presencia, la corrección debida.

Entre tanto el niño de María cae gravemente enfermo. El doctor Courrèges lo atiende; a pesar de los cuidados, el niño muere, dejando a su madre en la más grande desesperación. Mientras tanto el doctor ha contraído la costumbre de acompañar a María Cross tarde a tarde, haciéndose el confidente de sus penas y de sus esperanzas. María no sabe que en el corazón de ese hombre ha crecido una pasión de la que ella es objeto, y su amistad para con él es la que podría sentir por un consejero respetado pero no amado.

Un día Raimundo Courrèges, el hijo del doctor, muchacho de diecisiete años, encuentra en el tranvía a una mujer de ojos dulces que fija en su rostro una mirada clara y penetrante. Una vez y otra se repite la misma escena y al fin la decisión que ambos se han hecho de vencer la distancia que los separa, los hace hablarse y crea entre ellos la amistad. La «mujer del tranvía» es María Cross.

Raimundo vive una vida enteramente aislada. En su familia no hay comunidad de sentimientos. Cada uno de los miembros de ella existe solo, sin tener de común con los otros más que el apellido y el techo que los cobija. Entre las almas no hay lazos ni puentes.

La amistad con María Cross se le antoja la primera pasión de su alma a este adolescente en quien obran de consuno el hombre que siente nacer tras su adolescencia y el triste aislamiento familiar. Pero María no ve en él sino a su hijo muerto, que habría podido llegar a ser lo que este joven amable. Y un día que la pasión desborda en el corazón de Raimundo y sus manos quieren torpemente doblegar a María sin que las palabras hayan dicho aún nada de sus ensueños, aquella amistad queda rota.

La soledad en que se encuentra María después de esta triste escena le parece infinita: ha muerto su hijo, su amante está lejos, el doctor Courrèges no pesa en su vida y Raimundo ha perdido ante sus ojos la virginidad de alma que María quiso su-

ponerle. Llevada de la desesperación, intenta quitarse la vida pero consigue sólo herirse.

El doctor Courrèges acude a curar sus heridas, sin saber por qué causa precisa esa mujer ha buscado la muerte.

Pasan diecisiete años; la escena cambia a París; los personajes siguen siendo los mismos. María Cross, convertida ahora en Madame Larouselle, soporta aún la vida escandalosa de su marido; Raimundo, hecho ya un hombre, es adorado por las mujeres y juega con el corazón femenino, como en desquite de la torpeza empleada con María, y su padre, el doctor Courrèges, ha sentido que los años pasan sin que borren su amor, que pesa en su existencia como una herida, como una maldición.

En la puerta de un cabaret nocturno Raimundo ve aparecer a la misma mujer que hace diecisiete años dejara temerosa e indignada en su casita de Burdeos. Está siempre bella, interesante, sugestiva. Junto a ella, como siempre, el vicioso Larouselle, apoplético.

Durante algunos minutos Raimundo puede dedicarse a la contemplación de María y a remontar el tiempo pasado, y de ese trabajo se forma la novela que resumimos. Mientras tanto, hacia el alma de Raimundo tienden sus garras los viejos tormentos. Él debió poseer esa mujer, la primera pasión de su vida. Después los triunfos han sido fáciles. Mujeres hay que enloquecieron de pasión en sus brazos: otras llegaron hasta destruir por él las vidas incipientes que su amor había forjado en su seno.

Larouselle reconoce a Raimundo y se le acerca, meloso, insinuante; y luego el joven no puede menos de aceptar el convite que le hace a su mesa y tiene que cruzar nuevamente un saludo con María. Es la misma mujer serena que conoció cuando niño; es la misma a quien difamara toda una ciudad. Y es también la que siente una pasión extraña por Bertrand, el hijo de la muerta mujer de su marido, joven monástico y estudiosísimo que ejerce en la vida de su padre y de su madrastra una decisiva influencia.

En el cabaret el viejo Larouselle, que luego galantea con algunas mujeres en otra mesa, cae pesadamente al suelo, vencido por un ataque. María y Raimundo le llevan a su casa y el segundo llama a su padre que está de paso en París. Despachados ya los primeros auxilios, unas palabras dichas al retirarse el doctor, por él y por Raimundo, revelan a María el amor de ese hombre en quien no vió nunca sino un director espiritual a quien podía confiar penas y esperanzas. Aquella revelación no la conmueve, ni siquiera la interesa. Y luego la cuenta, riendo, a su marido.

Pero antes de que la venza el sueño, entra al cuarto que ocupa, durante sus estancias en la casa, el joven Bertrand, y al encontrar allí el olor a humo de cigarro, «olor a hombre», dejado por Raimundo, se le escapa una expresión de odio contra éste.

El doctor Courrèges se aleja con su hijo, a quien siente ahora un poco más próximo que antes, más suyo, vecino de su alma como jamás lo estuviera. Y entonces con él se confiesa, a él le dice el tormento que ha soportado durante tantos años: ese amor sin esperanza que no ha merecido, al ser conocido por María, sino una sonrisa de conmiseración y una frase burlona. Y esas dos pasiones, la del padre, fracasada por no haber sido confesada, y la del hijo, rota por el turbio estallido pasional que no aceptó aquella mujer pura, sirven para juntar las almas de esos dos hombres que jamás se habían sentido ligados íntimamente.

La novela termina sin tragedia, sin nada que rompa su armonía y el discreto tono menor en que nos parece estar escrita.

Mauriac nos deja angustiados con su obra, por más que ésta sea tan apacible. La íntima tragedia y el dolor contenido son tan poderosos, tan vehementes, que no necesitan romperse en gritos para herirnos vivamente. Esa irreductibilidad de las almas, ese aislamiento de todos los seres, aun de los que tienen deseos y esperanzas convergentes, es sobremanera interesante. Hay en esa novela un padre que no sabe nada de su hijo; un hijo que llega a odiar a su padre; una familia burguesa en la cual Rai-

mundo y hasta su padre se encuentran como de tránsito; una mujer que no puede tener amistad con mujer alguna, en cuya virtud íntima nadie cree y que confía las angustias de su alma al hombre que la ama sin ella saberlo, y un ser misterioso, en fin, ese Bertrand Larouselle que a pesar de su juventud imprime rumbos a la vida de su padre y de María.

Todos estos personajes se mueven en un plano como subrepticio, «el desierto del amor», buscándose sin hallarse, más lejos mientras más cerca creen haber llegado. A impulso de los recuerdos que agitan a Raimundo, los hombres y los hechos parecen tener sólo una segunda existencia, apagada, falta de la luz que tienen otras novelas escritas por otros hombres. Este puede ser el máximo valor de Mauriac, al menos en esta novela que nos trae al castellano, por primera vez, a uno de los más elogiados representantes de la moderna literatura francesa.

Y este hombre merece, ciertamente, el dictado de continuador de esas bellas tradiciones que llevaron la novela en Francia a altura tan egregia en otro siglo que nos parece tan distante.

RAUL SILVA CASTRO.